

EL ÚLTIMO VUELO DE LAS GAVIOTAS

David Rocha Pérez

© 2025, David Rocha Pérez

© 2025, Editorial Runaris

Diseño editorial: Editorial Runaris

Contacto: info@editorialrunaris.es

Web: www.editorialrunaris.es

ISBN: 9788409757794

Depósito legal: SE 1557-2025

Sello: Editorial Runaris

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo autorización expresa, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, conforme a lo establecido en la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual tipificado en los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

El titular de los derechos se reserva el derecho de ejercer las acciones legales, civiles y/o penales, que correspondan para la defensa y protección de esta obra.

*A las madres, por sus verdades y mentiras, errores y aciertos,
cuentos y realidad; por su abrazo y su impulso, por la carne y el
aliento; porque todo eso junto, es lo que somos.*

Si han decidido leer esta novela, les recomiendo escuchen las canciones que se van sucediendo. Ciertamente es que no todas corresponden a la época en la que transcurre el relato, pero ¿quién dijo que en la literatura no se permitía algo de magia? Sean bienvenidos a este viaje.

ADRA, 1972

En algún momento, el rencor llegó incluso a hacerme desear su muerte. No estoy seguro de que se pueda llegar a caer más bajo. El sentido de la propia vida se pierde en la oscura nebulosa de la mirada del odio. Este es capaz de llegar, con su brutal inundación, a anegar el alma de cualquier hombre. El hijo que fuera se perdió en el dolor y la rabia desconsolada. París, una huida hacia adelante que ha durado media vida y que no me ha dado absolutamente nada.

Estoy solo en mi propia soledad, a pesar de los esfuerzos cotidianos de mi querida Margot y su afrancesado cariño. Quizás la luz cálida de su mirada sea el único resquicio de humanidad que me queda. La única que consigue rescatarme de mi profunda oscuridad. Esa que he cultivado toda la vida, esforzándome en odiar. Un odio que mi madre me regaló, poniéndomelo en bandeja para poder sobrevivir, quizá, a la culpa que ella vio que se cerniría sobre mí.

Mi pequeño Pierre tira de mi mano, como queriendo sacar a su padre del ensimismamiento que lo ha petrificado aquí, en la punta del dique del puerto de Adra. Donde las rocas enfrentan las embestidas del mar, mientras, por el horizonte, se derrama el atardecer con languidez.

Mi hijo aún es pequeño para entender de odios ni culpas. Él solo se agita ante el deseo de cualquier repentino capricho. Lo miro con ternura, mientras apremia a su padre con la urgencia de ir a la heladería del puerto, ansioso por llenarse la boca con algún sabor dulzón. Casi lo envidio. Como si la vida pudiera arreglarse con algo de chocolate. Pero en su simpleza de niño gentil e inocente, encuentro también las fuerzas que por padre me corresponden y resurjo, siquiera sea momentáneamente, para disimular ser el bastión de fortaleza que Pierre necesita en cada momento.

Así, el pequeño ladrón de pulso vital consigue su helado, elegido entre los varios tipos de sabores que hoy en día ofrece cualquier heladería moderna. Mientras lo miro recorrer con su lengua los bordes del cucurucho, me asalta el recuerdo de las calles sin asfaltar, el olor de los garbanzos tostados con esa mezcla de yeso y sal, los típicos *arcagiùeis* de los arcagiuetanos. ¿Qué habrá sido de ellos?

Ahora, en cambio, aquella familia quedó sustituida en la labor de endulzar las calles del pueblo por Arturo, “el de los Chambis”, apostado en su esquina de siempre para vender sus helados de fresa, chocolate y vainilla y sus limonadas. Es curioso que aún perduren en Adra esos carritos viejos de helados, herencia romántica de un tiempo que parece resistirse a morir.

Me pregunto si al pequeño Pierre, su helado de chocolate le produce la misma sensación que a mí me evocan los cartuchos de garbanzos o las piruletas de caramelo de antaño. Pero seguramente —me contesto a mí mismo— el tiempo hace diferente el mismo escenario para cada personaje.

—Venga, Pierre, que mamá nos estará esperando —espeto al pequeño, que se apura en chuparse los dedos y despegar de ellos pequeños trocitos de galleta mojada con el helado derretido.

Ascendemos hacia la Rambla de las Cruces, atravesando casas viejas, con lugareños aguardando la llegada de la noche, sentados apaciblemente en los trancos de sus puertas. Algún solar lleno de andamios protege la estructura de próximas construcciones. Adra parece también apuntarse al despertar de los años setenta. Una especie de carrera por construir y modernizar un país que lleva demasiado tiempo anclado en ese medievo contemporáneo, como llamaban al franquismo algunos de los parroquianos parisinos con los que, en otra juventud no tan lejana, deambulé por la Ciudad de la Luz, jugando a ser escritores nostálgicos de la *bohème* y de la *belle époque*.

Al llegar a la altura de la Iglesia de la Inmaculada, sus vestigios de fortaleza medieval, casi derruidos, parecen escribir la metáfora de mi propia infancia en un Adra que apenas recuerdo y que, ahora, veinte años después, no sé si podré reconstruir, pues no me queda más vínculo a esta buena tierra que el mayor de los errores que se pueden cometer. Haber vivido con el rencor y el odio puede que haga ya imposible cualquier posibilidad de enmienda con mis raíces y, sobre todo, conmigo mismo. Quizá por eso

decidí escribir esta historia y volver justo al lugar donde todo comenzó.

—¡Vamos, caracoles, que la cena ya está casi lista! —nos grita Margot desde el balcón de casa, la vieja casa de mis padres, el lugar donde nací, donde encontré el primer abrazo y también el adiós más largo.

Mi mujer nos recibe con la alegría de siempre, pero hay un brillo especial en sus ojos. Algo que reclama de mí, de su marido. Nos hablamos con los ojos mientras abraza a Pierre, que le narra entusiasmado su experiencia con el helado de chocolate.

Cuando le dije hace algunos meses que necesitaba regresar a España, a Adra, ella no puso ninguna pega. Es cierto que Margot es una parisina de vocación más que de nacimiento, una *chovinista* del estilo y la estética de la ciudad más bella del mundo, como gusta llamarla; pero también lo es que no hay hombre en este planeta que cuente con una compañera más generosa en el amor que ella.

—¿Escribirás el libro? —fue lo único que me preguntó. Y no hubo respuesta; no fue necesaria.

Meses después de aquella retórica pregunta, tengo colocada en el centro de la habitación de mi infancia la vieja máquina de escribir. Una Olivetti de segunda mano, adquirida en un bazar del barrio Latino y que ha sido testigo de múltiples batallas nocturnas con mi imaginación. Ahí está, viéndome llegar, esperando el gran desahogo de la vida que no pudo ser y que, tal como sucedieron las cosas, solo queda la oportunidad de escribirla. Al menos quedará registro de que, después del odio, después del errático rencor, después de todo lo que se ha perdido, alguien podrá leer que llegué a entender lo que mi madre hizo por mí y de qué manera llegó a amar a su hijo a pesar del odio de este.

Inserto el folio por la ranura y giro la rueda para enrollarlo. Imprimo las primeras pulsaciones con la añoranza de que algún día lleguen a alguien para anunciar lo que llevo meditando tiempo atrás. Por fin, la herida se abre para ser limpiada. Comienzo a escribir: *“Esta es la historia de Carmen, mi madre.”*

ADRA, 25 DE ABRIL DE 1968

FIESTA DE SAN MARCOS

Desde luego que no iba a ser el día en que Isabel dejara a un lado su necesidad de reproche ante tan repentina decisión, de la cual, además, tuvo que enterarse entre habladurías de vecinas, siempre dispuestas a prestar el oído hacia lo ajeno para después llenarse la boca en tertulias supuestamente improvisadas. No. No iba a ser el día en que el desfile colorido y desordenado de animales arrollando las calles del pueblo —para deleite y algarabía de chiquillos, y satisfacción, por respeto a la tradición, de los más mayores— la privase de su empeño.

Diríase que, entre furiosa y dolida por la decisión de su madre, con paso acelerado, esquivando a la vecindad y sin hacer el más mínimo caso a los puestos ambulantes de garrapiñadas y tortas de azúcar, empuñaba su mirada al frente como si cortase el aire, deseando encontrarse con ella. Isabel era su hija mayor. ¿Cómo pudo haberla dejado en semejante lugar ante los ojos de tantos conocidos de toda la vida?

Y en estas cavilaciones atropelladas y urgentes, la encontró. Bien vestida, como era costumbre. De luto nada, que ya habían pasado muchos años desde lo de José Luis y, además, que era la festividad de San Marcos y, para un día que había colores y alegría en la calle, habría que aprovecharlo.

Isabel se acercó a su madre como si nada, disimulando su enfado, y simplemente se colocó a su lado, haciendo como si contemplara el desfile de los pastores y caballistas. No obstante, Carmen, como todas las madres, conocía bien a su hija como para tener que perder el tiempo en prolegómenos, pues no era ella de circundar la ruta si existía un camino

directo, ni de eludir golpes que, por tardíos, al final duelen más.

—Entonces ya te habrás enterado —afirmó, dirigiendo una mirada corta a su hija Isabel.

Esta apretó el mentón, aguantándose el orgullo, y dejó un silencio capcioso, a ver si su madre soltaba algo más de la prenda que tenía enrollada. Pero Carmen sostuvo el silencio con astucia y reclamó atención para uno de los burros que caminaba bien enjaezado por su propietario, soltando un:

—Mira qué bonito ese, Isabel.

A lo que esta respondió con un simple y hosco ademán de confirmación. Y Carmen siguió en su andadura visual por el desfile de San Marcos, narrando a frases cortas como:

—¡Hay que ver qué bonito está el pueblo! ¡Qué bien han colocado las guirnaldas en las calles!

—¡Cuánto ha mejorado la banda municipal desde el año pasado!

—Ya está bien, mamá —lo dijo sin gritar, con ahogo, tragándose el aire al hablar.

Madre le concedió tregua y la miró con ternura.

—Yo no quiero ser una carga para nadie, ¿me oyes? Así que, si he decidido irme a vivir a la residencia, es asunto mío y de nadie más. Que tú tienes mucho tiempo ocupado en cuidar a mis nietos y a tu marido, y es lo que te corresponde. Además, en algo habrá que gastar una parte del buen dinero que dejó tu padre. ¿Estamos?

—Pero, madre, ¿por qué no te vienes a...?

—Ni hablar de irme a Almería. ¿Qué se me ha perdido a mí en la capital? Allí solo hay sitio para vosotros, que sois cuatro, y los pisos de hoy en día nada tienen que ver con las casas de antes, ¿me oyes? ¡Ah! Y, por cierto, de la casa del pueblo no te preocupes, que ya he avisado yo a la Montse para que venga a limpiarla un par de días a la semana. Así que déjate de caras largas, que eso siempre te afea, hija. Anda ya, ahora vamos a donde el Antonio y te invito a un chato y, con un poco de suerte, si la gente aún no ha acabado con las existencias, nos compartimos una marraná de

pulpo que tengo algo que contarte.

Y así, rompiendo filas y abriéndose paso entre la multitud, encaminó el rumbo hacia la taberna de Antonio, un buen amigo de toda la vida, sin dar más oportunidad al reclamo de Isabel, que no tuvo más remedio que seguirla a regañadientes y sin rechistar. Pues así era madre: a disponer no la retaba nadie; a conversar, ya diría ella de qué y cuándo; y si era hora de yantar, a pesar de su figura delgada, no carente de curvas juguetonas, de privarse de algo ni se hablaba, que un buen comer es un buen comer, como haber Dios.

—Buenas tardes, doña Carmen —saludó Antonio desde el fondo de la barra nada más verla atravesar el quicio de la puerta.

Y ya estaban sentándose en sendos taburetes cuando el susodicho Antonio vertía vino sobre dos chatos para servirlos a las recién llegadas.

—¿Se ofrece algo más a las señoras? Tengo jibia fresca y unas almejas que hablan...

—Déjate de minucias y córtame en rodajas una buena rosca de San Marcos para mojar en el plato de marraná que nos vas a poner, pero cógete el cucharón grande, que somos dos.

—¿Tenemos hambre, doña Carmen?

—El que corresponde a estas horas, ni más ni menos.

—Pues marchando una de pulpo y... habas, pan y tocino, ¿no? Vamos, digo yo, que para un día que es San Marcos al año.

—Faltaría más, don Antonio, que las tradiciones no están para perderlas, sino para perderse en ellas.

Aunque la escena me la narró mi propia hermana, resultaría difícil describir el rostro de Isabel cuando nuestra madre le expuso punto por punto —pues Carmen era de dialéctica clara, contundente y bien ordenada — los motivos que la llevaron a la residencia por voluntad propia. No solo sería el orgullo dolido de Isabel al ver que madre renunciaba a cualquier posibilidad del cuidado familiar que por naturaleza le correspondería, sino que también una sincera preocupación por la sanidad de la *mater familia* sobrevendría al rostro de Isabel al enterarse de la noticia.

—Según me dijo en la consulta don Anselmo, se llama leucemia; es como el cáncer de pulmón de tu abuelo, pero el cáncer lo tengo yo en la sangre.

Para ella no existía la posibilidad de renuncia a la vida por la probable muerte. El fin de los días no era más que una forma precipitada de tachar días en el calendario. Por ello, el plato de marraná iba perdiendo peso a medida que la conversación —o más bien el monólogo de Carmen— transcurría entre bocado y bocado, interrumpido solo a intervalos para pelar una vaina de habas.

—Pero madre, yo podría cuidarla —solicitó con súplica compungida la hija, entre aterida y molesta por la inescrutable independencia impuesta por la madre sobre sí misma y su férrea necesidad de no verse necesitada. Carácter este bien forjado en el devenir de los años, en los que, tras la fatídica muerte de su José Luis y dos criaturas en su regazo, no le quedó más opción, a la pobre mujer, que liderar la familia —o lo que quedó de ella — y asumir toda la responsabilidad.

—No insistas por ahí y no me pongas esa cara, ¿estamos? Guárdate las lágrimas para cuando haya que llorar de verdad y haz el favor de comer algo, hija, que te estás quedando en los huesos.

Una mano al rostro, buscando el consuelo en la propia piel; la mirada, estremecida con ese brillo líquido que la impotencia impone en los ojos heridos. Cuando madre decidía algo, no cabía réplica, si acaso el rostro aniñado de Isabel pudiera ser el ariete ante semejante coraza, pero Carmen, superviviente de la vida, de la Guerra Civil y hasta de su propia viudedad, no era de hincar la rodilla ante las emociones ajenas. Para cuentos ya había vivido ella unos cuantos, y no precisamente felices.

—Ya estás borrando ese gesto de la cara, hija mía. No me vengas con esos chantajes emocionales, que a los parientes siempre hay que enseñarles los dientes. Así que, lo dispuesto, dispuesto queda; y hazme el favor de comer, no te lo diré más.

La hija, buena aprendiz de su madre, materia de su propia materia, no tuvo más remedio que abandonar las súplicas y las réplicas y resignarse a la obediencia.

—¿Madre, y le han dicho cómo será el tratamiento para la leucemia?

—¿Tratamiento?

Por ahí sí que no iba a pasar de ningún modo. Entre las idiosincrasias de madre estaba la máxima —no sabría decir de dónde aprendida o, a lo mejor, simplemente inventada por ella— de no tratar más enfermedades que aquellas que se sanan con un poco de aire de la mar y otro poco de miel con limón, sin desdeñar una copita de coñac caliente. De salud recia de toda la vida, no iba ella ahora a rebajarse a la injuria del pijama de hospital, a la desidia del reposo absoluto y al ritual de atender visitas en horarios preestablecidos. Ni hablar: doña Carmen asumiría su enfermedad como lo había asumido todo hasta ahora, sin excepción, sin parar ni lamentarse.

—De tratamiento nada, hija mía. Aquí no hay que tratar nada más que la vida y tirar pa'lante, que pa'tras ya vamos tarde. ¿Y tú? ¿Cómo me preguntas eso? ¿Es que no sabes bien, a estas alturas, de dónde remaneces?

Un trozo de pan duro, arrancado con las ganas enfurecidas, llevó Isabel a su boca con tal de morder algo, incluso la rabia que tenía por dentro.

—Una cosa sí que me gustaría pedirte, hija.

—Pues usted dirá, madre.

Ahora Carmen mostró un sutil titubeo, nada común en su carácter, pues no era de su agrado pedir favores, ni siquiera a su hija. Apuró el trago de vino para soltarse y, quizás, disimular el brillo en los ojos. Isabel se percató del detalle: en el interior de su madre, algo refulgía.

—No, que... a lo mejor podrías hablarle a tu hermano y decirle que me gustaría verlo, aunque fuera solo una vez.

Sonó tan a despedida que a Isabel se le borró la rabia con la que fue al encontronazo con Carmen y vislumbró en el rostro de su madre una pena escondida durante años, no por ello indolente ni caduca. Conectó con la pesadumbre de madre.

Dos décadas sin el hijo, con el último recuerdo de una desagradable despedida y, después, el tiempo silenciado a costa del corazón y la sangre. Para Isabel, su hermano también había sido una ausencia importante: apenas una llamada de teléfono por Navidades y dos o tres cartas al año con un lenguaje casi protocolario. Pero ¿quién era ella para lamentarse por ese dolor que en nada se parecería al de una madre que había perdido a su

hijo? El odio lo arrastró lejos, una huida que duró demasiado y que, ahora, con la sentencia de la leucemia cabalgando a galope, Carmen necesitaba solventar. Se puso en su lugar, empatizó con madre.

—Por supuesto, podríamos ir a su casa ahora y lo llamo desde allí, madre.

Mientras escribo en esta oscura habitación, despoblada de mobiliario y hasta de alma, descubro el viejo teléfono que alguna azarosa casualidad del tiempo y el abandono ha trasladado hasta esta misma estancia. Me pregunto si fue ese auricular el que Isabel descolgó cuando recibí su llamada en París. Me perturba la imagen de madre inquiriendo en silencio a su hija, dándole instrucciones con el gesto e intentando controlar las palabras que Isabel pronunciaría, no vaya a ser que, en un mal comentario, una frase desmedida o colocada a destiempo, se desmoronase por imposible la esperanza de una madre acechada por la parca.

La tarde del veinticinco de abril de mil novecientos sesenta y ocho sonó el teléfono al otro lado del abismo familiar. Fue mi querida Margot quien atendió la llamada, pues yo acababa de llegar exhausto de mi trabajo como editor. En un primer momento, no presté atención a la conversación que mi mujer mantenía: no se revelaba en su tono de voz ninguna señal de trascendencia. Solo sería algún pariente político o algún conocido. Pero, al igual que ocurre en la vida, todo puede cambiar en un instante. Lo imprevisto se alimenta de una mirada severa en tu mujer o de un gesto de prisa contenida para que cojas el teléfono.

—Es tu hermana, cariño —me lo anunció con apremiante ternura, ofreciéndome el teléfono.

Ahora que revivo aquella conversación que mantuve desde París, en esta vieja habitación el teléfono parece reprocharme las palabras que envié a mi hermana. Isabel soltó la retahíla de sopetón, como queriendo cortar el hielo de un solo golpe y no dar oportunidad alguna al cretino de su hermano. La discusión no tardó en florecer. Mientras Margot me miraba con preocupación y algo de reproche, le dejé claro a mi hermana mis intenciones. No quería saber nada de madre y me daba igual que tuviera leucemia o que estuviera poseída por el demonio.

—¡Yo ya tengo mi vida aquí! ¿No pretenderás que regrese ahora al

pueblo? —concluí.

ADRA, 1972

Y, sin embargo, aquí estoy, en Adra, ocupando esta vieja casa tan desprovista de vida que hasta los fantasmas huyeron. Se bloquean mis dedos, no sé cómo seguir. ¿Cómo escribir una escena tan trágica de la que yo solo fui una parte? Oteo por la habitación buscando algún rastro de madre y de Isabel. ¿Cómo serían sus gestos? ¿Oyó madre la conversación pegada al teléfono? ¿Quién soy yo para escribir sobre el dolor o la angustia que pude provocar aquel día?

Ya me atenaza la duda, esa que impide al escritor despedazarse la piel para plasmarla en el papel. Quiero escribir la verdad, y me doy cuenta de que no tengo más verdad que la que yo quiero imaginar. Mi frustración no es más que la consecuencia de mi ceguera durante tanto tiempo. Habermé despegado de mis raíces y de mi familia ha abierto un agujero que no consigo completar con la imaginación. Ojalá pudiera echar el tiempo hacia atrás, pero lo único que retrocede unos centímetros es la silla de madera en la que me siento. Un pequeño espasmo que me ha apartado de la Olivetti.

Me levanto y camino desesperado por la habitación, a intervalos de dos metros en cada sentido, y vuelta a empezar. La rabia me corroe por dentro y llego a la conclusión de que, en el fondo, la repentina necesidad de escribir esta novela —la de mi vida y la de madre— no es más que un angustioso deseo de volver a hablar con ella. Un sentimiento de rectificación tardío que ahora se vuelve trágicamente inútil, pues ya no sirve para nada. Solo las personas que nos quisieron pudieron concedernos su perdón; pero no su recuerdo, ni mucho menos su proyección literaria.

Opto por dejar de escribir, rendido ante la evidencia. Para poder escribir una historia así, desde lo más profundo de los sentimientos que unen a las personas, primero hay que tener el valor de haberla vivido. Y yo

desaproveché la oportunidad. Renuncié injustamente a mi madre y, recíprocamente, su posible historia ahora renuncia de mí.

Salgo de la habitación y, por una extraña sensación de angustia que me asalta, entro con cuidado en el dormitorio del pequeño Pierre. Me percató de que duerme plácidamente, ajeno a la culpa que arrastra su padre. Lo beso en la mejilla y su pequeño cuerpecito se renueva, y hasta esboza una pequeña sonrisa, aun con los ojos cerrados.

—Papi, te quiero —me dice.

Y se me parte el alma al sentir en mi piel la piel de madre. ¿Cuántas veces habrá soñado con que su hijo le brindase esas dos palabras?

—Y yo a ti, hijo mío. Duerme.

Interrumpo a Margot con su lectura de *Cumbres Borrascosas* para informarle de que necesito dar una vuelta por el pueblo. Ella ya me conoce y sabe cuándo necesito estar solo. “Cosas de escritores”, suele decir. A veces hay que oxigenar el alma para poder convertirla en algo creativo.

El levante azotó con fiereza cuando alcancé la bocana del puerto tras un breve paseo. Aún no es medianoche y las luces de los primeros pesqueros ya centellean en la oscuridad de la mar. Necesito llorar y no sé cómo hacerlo. La presa de mi interior está tan colapsada que ninguna puerta es capaz de abrirse para aliviar tanto peso.

Vuelvo sobre mis pasos, despidiendo en silencio y con la mirada a los más rezagados de los pescadores. Al fondo, una pequeña luz en tierra: el bar de Antonio, que aún pervive y aún está terminando de cerrar. Me dirijo directo hasta su puerta, quizá en un intento de encontrar alguna conexión de antaño.

Cuando estoy lo suficientemente cerca, un hombre de cierta altura, de brillante calva y mirada penetrante, se percató de mi presencia. Al instante, parece darse cuenta de algo y abandona en el suelo un barril de cerveza que iba trasladando al almacén justo en el local de al lado. No solo no deja de mirarme, sino que avanza un par de pasos hacia mí.

—¿Eres el Fernandito? —me suelta sin tapujos y a la cara—. ¿El que se fue a París?

Afirmo en silencio, sin más seguridad que la de dejarme llevar por aquel extraño conocido. Me invita a pasar con un gesto, y veo cómo su figura se desvanece entre la penumbra del bar a medio cerrar. Atravieso el quicio de la puerta y lo veo apostado tras la barra. Está sirviendo dos copas de coñac.

—Este era el que más le gustaba a tu madre —me dice, mostrándome una botella de Terry 1900.

Veo que me está esperando con su copa a medio alzar, así que le agradezco el gesto y le respondo tomando la mía. Brindamos con cautela y nos metemos entre pecho y espalda la copa de un trago.

—No sé si te acordarás de mí, Fernandito, pero yo sí que me acuerdo de ti. De cuando tus padres te traían por aquí en brazos de doña Carmen. Aún eras un bebé y ahora... fíjate, Fernandito ya es un hombre.

—Ya caigo... Usted es el Antonio —aparece en mi recuerdo, un tanto modificado, un rostro de otro tiempo, ahora algo más desdibujado.

—El mismo. Algo más viejo, pero sigo conservando el mismo nombre —confirma mientras sirve otras dos copas—. Se contaba por ahí que Fernandito, el de la Carmen, había regresado al pueblo. Por lo visto, se conoce que viene acompañado de una mujer de otros aires y una criatura. ¿Se casó con una francesa?

—Sí —respondí, ante la pregunta que parecía ocultar un matiz de reproche.

—Con la de buenas mozas que hubo aquí en su tiempo... Si no se hubiera marchado, se habría casado con una española, de aquí, del pueblo.

Me ofendió su comentario. No venía yo de tierras donde fuera costumbre preocuparse del origen de la esposa de nadie, y le mostré mi malestar.

—No, tranquilo. A mí me da igual —adelantó su disculpa—, solo que me ha sorprendido verle. Aunque doña Carmen ya me lo dejó bien avisado. Que ella, para estas cosas, era un poco bruja. Sin ofender, oiga, no me malentienda, que yo a doña Carmen le tenía mucho respeto.

—¿Qué ha querido decir con eso de que se lo dejó bien avisado?

La situación adquirió, de repente, una tonalidad inquietante. Desde que puse mis pies en Adra, me sentí vigilado por miradas intrigantes, como si el pueblo me reconociera y estuviera murmurando “sí, míralo, es él”. Pero aquella afirmación de Antonio me dejó estupefacto.

—Pues eso, Fernandito... Disculpe que le llame así, es que me cuesta eliminar el recuerdo que tengo de cada quien...

—No te preocupes —le concedí, para que fuera al grano.

—Doña Carmen, su madre, tras regresar de París y poco antes de morir, la pobre, me dejó un encargo.

—¿Qué clase de encargo?

—Para cuando usted regresara.

Se marchó un momento a la trastienda del bar, dejándome con la palabra en la boca. Escuché ruidos de cajones y puertas de armarios abriéndose. Buscaba algo. Al poco, apareció de nuevo con un pequeño paquete entre las manos. Por el tamaño y la forma del bulto, bien podría ser un libro.

—Aquí lo tiene.

Me lo ofreció sin más, dejándolo sobre la barra. Embocé otro sorbo al coñac y le pregunté con la mirada al Antonio.

—Yo no sé más, Fernandito. Solo me pidió que se lo guardara a su hijo para cuando regresara. Supongo que se vieron ustedes en París y algo hablarían.

Sí, sí que nos vimos en París. Esa fue la última vez. Y no hablamos nada de ningún paquete que me entregarían en el pueblo. Estaba desconcertado. Afirmé, para calmar la intranquilidad de la atónita mirada del camarero, y empecé a despegar el celo que sellaba el envoltorio del misterioso paquete. Al descubrir el papel, noté el suave tacto de las tapas de terciopelo. Parecía un diario. En la portada tenía bordado en hilo dorado un título: 1968. Y, tras la solapa de pasta dura, una primera nota escrita con una letra temblorosa:

Querido Fernando:

Es triste saber que toda una vida no haya sido suficiente para poder reencontrarnos y, en cambio, un pequeño diario pueda explicarte todo el daño sufrido y por qué tu madre prefirió que su hijo la odiara. Cuando leas esto, yo ya no estaré y no habrá tiempo para arreglar nada de lo que no pudimos vivir. Al menos, espero poder aliviar la carga de los errores que la vida me impuso y que tengas claro que, a pesar de todo, tu madre siempre te quiso.

No pude leer más en ese momento. La oscuridad del bar y el Antonio, allí pasmado mirándome quedo como una estatua, me lo impedían. Estampé en la barra una moneda de cien pesetas y me despedí con premura.

—Gracias por todo, Antonio.

—A mandar, Fernandito.

Una vez en la calle, aligeré el paso hacia la vieja casa. Necesitaba envolverme de nuevo en la fría oscuridad de la habitación. El aire húmedo me cortaba la piel; las lágrimas se asomaron al borde de mis párpados; el corazón batía mi pecho. Mi madre me había dejado aquel texto que deseaba leer sin descanso. Esa iba a ser la última voz de mi madre, su último recuerdo. Y lo llevaba agarrado con fuerza, como si fuera la propia Carmen quien volvía a llevar a su hijo de la mano por las calles abderitanas.

Iba a ser una noche larga. Tenía que leer todo lo que me había dejado escrito.

DIARIO DE CARMEN

Bueno, hijo, ya sabes que a doña Carmen (permíteme que llame así al personaje de este diario, aunque se trate de tu madre), la pena la aceleraba. No era persona de achantarse o de ahogarse en lágrimas, sino que, más bien, obraba con rapidez y agilidad para escapar hasta de su propia sombra. Sin conseguirlo, claro está, pero el empeño que ponía en deshacerse con celeridad de cualquier síntoma de lamento tampoco se le podía negar.

Así entró en su habitación de la Residencia de la Virgen del Mar, omitiendo el saludo de cortesía a las mujeres que regentaban la entrada, así como a los residentes con los que se cruzó, hasta quedar encerrada en el cuarto que tenía reservado para ella.

Lloré. Bueno, lloró la Carmen aquella tarde, amilanada de tal manera que cualquiera que la hubiera visto diría que era una chiquilla que no sabía nada de penurias ni de hambres; nada de despedidas ni de guerras cruentas. Pero ya ves, hijo, una se hace la dura todo el día, o toda la vida, y en el momento más inesperado, sale la Magdalena que llevamos dentro. No pude contenerme, aquel día no. No me lo tengas en cuenta. No quiero reprocharte nada, solo quiero que sepas y entiendas, hijo, que aquella tarde (ya sabrás ahora a la que me refiero), cuando Isabel colgó el teléfono después de escuchar tu negativa y tu cerrazón a querer contactar conmigo —no digo ya a acceder a hacerme una visita—, se me partió el alma en dos. Bueno, en realidad siempre la he tenido partida.

Primero, tu padre. ¡Ay, mi José Luis! Un poco gruñón a veces, pero qué buen corazón tenía el pobre desgraciado y qué buen padre fue. Eso ya lo sabes, supongo. Algún recuerdo bueno te quedará de él. Y después, mi Fernando... hijo mío, ¡cuánta desgracia sobre mí, que siempre he pretendido el bien de todos vosotros!

Al menos me quedó Isabel, con la que discuto más que hablo —bien lo sabe Dios—, pero esta hija mía ha sido el único clavo ardiendo al que he podido aferrarme. Bueno, y claro, mis dos preciosas nietas, Clara y Esther. Anda, hijo, te lo dice tu difunta madre: ve a visitar a tu hermana y a tus sobrinas, que la vida es demasiado corta para perderla en rencillas y tonterías. Sí, hasta seguro que tu cuñado Alberto te caerá bien. Y si no, fíjate en nosotros. ¿Qué hemos ganado? Yo, que ya estoy muerta; y tú, leyendo este diario ahora mismo. Si hubiésemos podido hablar como Dios manda... Nos hemos perdido la vida, hijo mío. No hagas lo mismo con el trocito de familia que aún te queda.

En fin, vamos a centrarnos, que me pierdo en peteneras y, aunque esto de estar muerta le da a una todo el tiempo del mundo, supongo que tú tendrás tus quehaceres pendientes y tampoco te sobrará disponibilidad para atender a fantasmas, ni siquiera al de tu madre.

Quizás me he enredado un poco al comienzo de este relato porque... bueno, reconozco que da un poco de vergüenza contarte ciertas cosas que sucedieron en las últimas semanas de mi vida. Que te digo desde ya, que, en cierto modo, han sido las mejores. Lástima que haya durado tan poquito, aunque, lo bueno, si breve... pues ya sabes.

Al grano, Fernandito. Llegué esa tarde más compungida y con más ganas de llorar que nunca. Me parece a mí que es como si hubiera acumulado la reserva de lágrimas y aquella tarde se desbordó mi pantano interior. Entiéndelo, había tomado la decisión de venirme a vivir a la residencia contra la voluntad de tu hermana (bueno, esto ya lo sabrás, imagino que algo te contaría en esas llamadas de teléfono que os hacéis de vez en cuando por pura cortesía), tras el diagnóstico de don Anselmo: leucemia.

¡Caramba! Cómo una simple palabra, bien pronunciada en la boca de un “matasanos”, puede trastornar tu perspectiva. El doctor me habló de no sé qué marcador tumoral, y de tratamientos, y de un barrunto de palabras de esas que solo entienden los que visten batas blancas en los hospitales. Yo me quedé con la síntesis del asunto: *Carmencita, que se te acaba el viaje*. Y con esa sentencia dictada, me entró la prisa por resolver el asunto más importante que sabía que iba a dejar sin solución si no actuaba rápido: tú, mi Fernandito.

Pero déjame que te cuente antes cómo llegué a encontrarte, y luego te diré todo lo que te hubiera dicho si me hubieses dejado, claro. Que hay que ver el recibimiento que me diste en París... En fin, basta de pullas, que no va de eso esta historia, hijo mío.

Mira, se llamaba Rogelio. Voy a empezar por ahí. Tú no lo has conocido ni lo harás, porque él ya se fue de este mundo un poco antes que yo. Pero le debo mucho, a pesar de que lo conocí solo durante mis últimas semanas de vida. Gracias a él, hoy tú y yo hablamos, aunque sea por escrito y cada uno en su mundo, Fernandito. Así que guárdale un hueco en tu recuerdo al Rogelio y, si lo tienes a bien, ponle alguna flor en su nicho del cementerio, que el pobre está muy solo.

Verás, lo conocí esa misma tarde, la de la llorera que ya he mentado. El tipo era de lo más peculiar. Un hombre bien diferente a cualquier otro al que yo haya conocido antes, tan diferente como el mundo con el que soñaba. Eso era Rogelio: un soñador.

Yo estaba, como te contaba, tumbada en mi cama, secándome las lágrimas, cuando empezó a sonar a todo volumen *"Black is Black"*, de Los Bravos. El estridente sonido provenía de una de las habitaciones del pasillo. Al principio me enfadé un poco por el volumen, pues, aunque la canción me gustaba, no eran formas de estar en la residencia con el volumen por las nubes, vamos, digo yo.

Me guié por el camino invisible de las ondas sonoras hasta plantarme en una puerta entreabierta, un par de estancias más allá de la mía. Ni corta ni perezosa, toqué a la puerta sin medir las fuerzas, debido a la irritación, y aquella giró sobre sus bisagras, abriéndose del todo. Entonces tuve una de las imágenes más espeluznantes de mi vida, hijo mío: aquel tipo viejo, de carnes flácidas, tan alto y desgarbado, bailoteando en su habitación de modo poco usual. ¡Y solo tenía una pequeña toalla enrollada sobre su cintura!

Cómo me llamo Carmen, que este hombre me iba a escuchar. Pero no me dio tiempo a abrir esta boca que Dios me dio, cuando el vejestorio este, sin atisbo alguno de tener vergüenza ni de haberla conocido en su vida, me enfiló la mirada, me sonrió y, extendiendo su mano, me invitó a pasar y a bailar.

—¿Bailas, preciosa?

¿Pero quién se habrá creído este indecente? Me quedé petrificada un momento mientras lo miraba bailar dando brinquitos. El tío no paraba. Le daba exactamente igual que lo estuviésemos mirando, porque claro, con lo estridente del volumen alto, hasta allí se arrimaron también otras dos señoras, más mayores que yo, apoyándose en sus respectivos andadores. Las miré y mi espanto fue aún mayor al darme cuenta de que las dos espectadoras empezaron a balancearse tratando de seguir el ritmo. Y, además, sonreían. Le sonreían a él.

Pues me di la vuelta con toda mi indignación, dispuesta a denunciar el escándalo ante la dirección de la residencia, y no había alcanzado ni diez pasos en dirección opuesta por el mismo pasillo cuando...

—Oh, madame, ¿dónde va, lejos del guateque?

Me giré atónita. El tipo había salido al pasillo, encuerado con una simple toallita, y esas dos pobres ancianas que parecían comérselo con la mirada.

—Disculpe usted, caballero, pero estas no son formas, que aquí queremos vivir gentes de bien y de orden. ¡Oiga! ¿Pero qué se propone?

En ese momento, el tocadiscos que giraba en la habitación de ese depravado cambió de canción; ahora empezó a sonar Marisol y su *Corazón contento*. Muy apropiada la canción para el bailarín, desde luego.

Con el zarandeo musical, al final se le cayó la toalla, para escandalosa alegría de las dos ancianitas. Y yo, allí, teniendo que soportar la visión de semejante espantajo de pieles caídas y triste colgajo entre las piernas. Vaya suerte la mía, que para un hombre que le toca a una ver desnudo después de tantos años sin conocer varón, hijo mío, tuvo que ser precisamente este.

—¡Sinvergüenza! —grité, dándome la vuelta muy digna, y me encerré en mi habitación.

Así fue como lo conocí, hijo. De verdad te digo, ¡qué maneras más abruptas las de este hombre! Y... también, dicho sea de paso, qué poco ha vivido tu madre. No por escasez de tiempo, de eso no me quejo, pero sí de experiencias y oportunidades. A ratos pienso, ahora que estoy a punto de cruzar la línea de meta, que mi vida solo ha sido un “más de lo mismo”

constante y diario. Al menos me llevo esta ultimísima parte, la que viví con Rogelio.

Sí, ya sé que nuestro primer momento no fue la forma más decorosa en que una mujer y un hombre se conocen. Si algo he podido descubrir estas últimas semanas gracias a él, es que quizás he tenido exceso de formas en mi vida. Cuando termines de leer esto, supongo que entenderás lo que digo, Fernandito.

Habían pasado varios días desde aquel atropello. La vida en la residencia era una mezcla de rutinas bien organizadas por los cuidadores, todos ellos jóvenes y amables. Recibía semanalmente la visita de tu hermana Isabel. Y, por alguna extraña variedad de casualidades, Rogelio y yo no nos volvimos a cruzar hasta un par de días después. Esta vez fue *Let's Twist Again*, de Chubby Checker, la que me sobresaltó a media mañana. Desperecé a toda prisa, al darme cuenta de la hora que era. Desde luego, hijo, que una se relaja cuando ya no tiene obligaciones y empieza a disfrutar de verdad de eso de dormir. Yo, que siempre he sido de madrugar... en fin.

Me puse mi batín de flores estampadas y, asomando primero el pescuezo por el pasillo para controlar quién iba y venía, descubrí otra vez la puerta entreabierta de la habitación de Rogelio, un par de estancias más allá de la mía. No había moros en la costa. A esas horas, los residentes estarían abajo, en los salones comunes, desempeñándose en las distintas actividades que preparaba cada día la residencia. Me apresuré con pasos cortos y ligeros hacia la habitación de Rogelio y, aprovechando la apertura de la puerta a medio abrir, incliné la cabeza para echar una ojeada.

Ni que decir tiene, hijo, que mi curiosidad no iba para nada encaminada a volver a encontrarme con el apéndice de aquel hombre; al contrario, solo pretendía tener una conversación tranquila y sin sobresaltos, para establecer ciertas normas entre nosotros acerca de la música, el volumen y los horarios adecuados para tales menesteres. Nada más.

El caso es que volví a encontrarme con Rogelio. Y esta vez, nada de toallas ni de imprudentes desnudos. Olía bien, más que bien, hijo. Algún perfume de esos que huelen a producto caro. Lo pillé desprevenido; al principio, él no se dio cuenta de mi presencia. Estaba terminando de acicalarse. Pude verlo de perfil. Llevaba unas patillas de esas alargadas. Enfundado en un traje gris claro, con pantalones de campana y chaqueta

abierta, con solapas bien planchadas, dejando entrever una camisa con chorreras.

De repente, giró sobre sí mismo, haciendo un leve movimiento de *twist* al son de la canción y... me pilló. Allí, agazapada como estaba, apoyándome sobre el pomo de la puerta, me sonrojé un poco.

—Disculpe, no pretendía...

—Oh, madame, no se preocupe. Siempre es bienvenida. Además, creo que ya tenemos algo de confianza, ¿no cree?

Y esto me lo dijo guiñándome un ojo, el muy pícaro, como recochineándose de la escenita del otro día.

—Oiga, le recuerdo que está usted hablando con una señora —intenté recomponer mi figura ante el descarado.

—Sí, madame, una señora algo *voyeur*, me parece.

Como no entendía aquella palabra, intenté no expresar ninguna emoción y pregunté:

—¿Qué quiere decir, si puede saberse? Y deje ya de hacerse el interesante.

—Pues que le gusta mirar. El otro día, nada más salir de la ducha, y ahora otra vez —se carcajeó—. Parece que le gusta el espionaje, madame.

—¡Mire! A mí lo único que me gusta es el orden y la educación, ¿¡estamos?!

Menudo portazo le di al marcharme de nuevo a mi habitación, con cierta indignación. Estaba claro que con aquel tipo era imposible hablar civilizadamente. Justo antes de volver a atravesar la puerta de mi cuarto...

—¡Madame! Discúlpeme, no pretendía ofenderla.

—¡Ah no! ¿Y eso de “voyer”, cómo debo tomármelo, señor?

Nos miramos unos segundos.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama?

—Carmen. Doña Carmen para usted, si no le importa.

—Está bien, doña Carmen. Me llamo Rogelio.

—Me gustaría decir que es un placer, Rogelio, aunque, perdone que le diga, tiene usted formas de chiquillo deslenguado.

—Lo sé, doña Carmen. Y también sé que es usted una mujer muy guapa.

Pero será descarado el tipo este, pensé. Me miraba de una forma y me hablaba con una confianza inapropiada para personas de nuestra edad. ¿Qué se habría creído el muy insensato? Me desconcertó muchísimo, hijo, encontrarme con un tipo de esa guisa y esas maneras.

—Y viuda. Que yo a mi José Luis lo llevo siempre por delante, para que lo sepa —le solté, para zanjar el tema. Pero a estos truhanes no los paran ni los muertos, así que él, erre que erre.

—Vaya, lo siento, doña Carmen.

—¿Qué va a sentir, hombre?

—¿Puedo invitarla a cenar esta noche, para compensarle mis malos modales?

—¡Perdone!

—Que si puedo...

—Sí, ya le he oído antes, es que no termino de creérmelo.

—¿Entonces, puedo?

—Ni hablar. ¡Y haga el favor de no insistir, y ya de paso, procure bajar un poco el volumen, si no le importa! ¿Estamos?

Ahora sí, me planté de nuevo en mi habitación, con la puerta bien cerrada.

ADRA, 1972

¿Mi madre conoció a un hombre? Eso sí que no me lo creo.

Mi lectura fue interrumpida por una llamada de Margot.

Bajé hasta la planta baja de la casa y la encontré de pie. Tenía algo entre las manos.

Me mostró una fotografía.

—La encontré en una pequeña caja guardada en el armario de la entrada —dijo con expresión dubitativa.

El encuadre y el enfoque eran los propios de un profesional. Mi madre aparecía bien peinada, con un vestido de raso, seguramente blanco, viendo cómo brillaba esa parte de la fotografía. Iba cogida del brazo de un hombre también mayor. Pantalón de campana, jersey de cuello vuelto y unas patillas bien alargadas. ¿Rogelio?, pensé. La foto había sido tomada en la escalinata del Sacré-Cœur.

—¿Reconoces a ese hombre, Fernando?

Solo podía atribuirle la identidad del tipo sobre el que mi madre había escrito en el diario. Me quedé fijo en él. Sentí algo que podría asemejarse a los celos. ¿Qué hacía mi madre agarrada del brazo de aquel hombre? ¿Y además en París? Margot, mi Margot, tuvo que sujetarme con su abrazo, pues dos lágrimas se desmoronaron por mis mejillas.

—Perdona, soy un estúpido. No sé por qué lloro ahora.

Ella me miró con condescendencia. Y sujetó mi mano derecha al darse cuenta de que con ella sujetaba el diario.

—¿Qué es eso, cariño?